El discurso de la libertad: algunas implicaciones

Speech of freedom: some implications

«Tres cosas han nacido al mismo tiempo:
El hombre, La Luz y La libertad»
(Sentencia druida)

Víctor L. Mendoza P. †
vmendozap@yahoo.com
Universidad Pedagógica experimental Libertador. Instituto Pedagógico de Caracas

RESUMEN

La presente reflexión surge como continuidad de otra: La libertad: Componente necesario de lo racional-moral (Mendoza, 2012). En la primera se discurre críticamente en torno a la libertad entendida como posibilidad sustantiva que, a manera de «riqueza» propia posee el humano, riqueza que se supone instalada como componente esencial de su propia naturaleza. A partir de lo allí planteado emergen implicaciones alrededor de esa noción de libertad, de orden subjetivo, por un lado, pero también de índole exterior al individuo, en tanto se piensa que aquélla solo puede desplegarse si condiciones de tipo social, política, histórica y natural la facilitan. Estas cavilaciones giran en torno a la tensión que surge entre los dos polos, que aquí se denominan "libertad intrínseca" y "libertad extrínseca", así como acerca de posibles recursos para resolver, o atenuar, las tensiones conflictivas que pudieran suscitarse entre ellos.

ABSTRACT

This reflection arises as a continuation of another: freedom: necessary component of the rational-moral (Mendoza, 2012). In the first it runs critically around freedom understood as substantive possibility that, as an own wealth that posses the human being, wealth that is supposed to be installed as a key component of its own nature. Starting from the planted here, there are raised implications around the notion of freedom, of subjective order, on one side, but also outside the individual nature, while it is thought that this only can be unfold if the conditions of social, politic, historic and natural kind facilitate it. These musings revolve around the tension that arises between the two poles, described here as "Intrinsic Freedom" and "Extrinsic Freedom", as well as on possible resources to solve, or attenuate, the conflictive tensions that could happen between them.

1

El presente artículo está motivado por inquietudes surgidas a partir de las ideas planteadas en anterior trabajo publicado por el autor con el título de *La libertad: Componente necesario de lo racional-moral* (2012). En tal sentido, lo aquí expuesto puede considerarse como consecuencia lógica de aquel trabajo. El propósito que ahora mueve el ánimo es el de exponer críticamente algunas implicaciones que surgen cuando la libertad, en tanto substancia, en el sentido de impulsión, inherente a la naturaleza humana, se topa con la libertad, en cuanto realidad social-política, o facto exterior que condiciona, facilitando o dificultando, la manifestación de aquélla.

El término libertad remite a un concepto-valor fundamental desde el cual se hace posible concebir al ser humano como tal. En efecto, es en extremo difícil imaginar la condición simbolizadora-pensante —la del *ser con logos,* como Aristóteles mienta al ente que la posee— despojada de la posibilidad de decidir voluntariamente su *ser* y *quehacer*. No se muestra viable lo humano del hombre sin una cuota significativa de autonomía y de libre elección. Si La Libertad define al humano y, por tanto, es factor que participa necesariamente de su esencia, entonces la persona, cualquier persona, es imposible sin ella.

Esta forzosa imbricación de la conciencia pensante —conciencia aludida también por filósofos esotéricos a través de metáforas como *luz, fuego, o chispa divina*— con la libertad, en la interioridad de lo humano, es resumida por la sabia sentencia druida —que a manera de epígrafe encabeza este trabajo—, según la cual «Tres cosas han nacido al mismo tiempo: el hombre, La Luz y La libertad» (En Grimard, 1899, p. 80).

El tema de la libertad es uno harto manejado a partir de múltiples perspectivas y desde variadas vías para alcanzar conocimiento y saberes. La filosofía es senda idónea, tanto para plantearse interrogantes en torno a aspectos inherentes a lo humano del hombre —y lo referido a la libertad es uno muy notorio—, cuanto para intentar, en consonancia, respuestas sensatas.

Sobra decir que libertad es un término polisémico cual ninguno, condición que por sí misma hace espinoso abordarlo, y parece convertir el discurso acerca del mismo y sus implicaciones, en algo de nunca acabar.

Alguna arista sobre el tema ha pergeñado el autor, como ya se dijo, en el artículo *La libertad: Componente necesario de lo racional-moral*. En él se argumenta acerca de la libertad entendida como posibilidad sustantiva que, a manera de «riqueza» propia, posee el humano para ser lo que es; riqueza que se supone instalada como componente de su propia naturaleza, y cuya consolidación, desde lo social, se cumple a lo largo de un proceso de, por lo menos, tres estadios significativos: el del surgimiento de la conciencia plena en el primitivo homínido, el del nacimiento de la filosofía-ciencia y el momento de su «mayoría de edad» a partir del Renacimiento y la Modernidad (Mendoza, 2012).

Tensión entre la substancia libertaria y las condiciones extrínsecas para su despliegue ocurren como consecuencia de que los intereses, necesidades y expectativas de los individuos suelen colidir con los correspondientes de la sociedad y las instituciones que ejercen el poder dentro de ellas —Estado y gobierno, entre las más conspicuas. Tal tirantez genera conflictos que repercuten en ambos polos de la dicotomía individuo-sociedad. El cómo ha de resolverse cada caso no es fácil de predecir. En lo referente a los individuos cuenta ciertamente la «historia personal», su *background* psicológico: todo aquello que se encuentra en el trasfondo del psiquismo humano y que constituye un contexto subjetivo que condiciona el modo de comportarse un individuo, su forma peculiar de afrontar los problemas, así como el modo característico de abordar las posibilidades y amenazas extrínsecas.

El mentado background, reposa en lo que la psicología cognitiva denomina *estructura cognitiva*, esta constituye un sistema característico para cada individuo; pero conviene adicionar también que los momentos y circunstancias de los

posibles conflictos son únicos, por lo que no es posible disponer de programas —al modo de la informática— que permitan predecir con exactitud los pormenores resultantes de la resolución de las tensiones beligerantes en uno u otro asunto particular. La educación formal, tanto como la historia de experiencias vivenciadas por los individuos y la socialización característica de los grupos humanos, se asume, apuntan a ser factores de peso considerable en la medida en que ellas constituyen procesos sobre los cuales se afirma prioritariamente el establecimiento de la organización conductual —volitiva, afectiva y pensante— de los seres humanos, individual y colectivamente considerados.

Es de esperarse, entonces, que de la calidad, cantidad y complejidad del repertorio de conocimientos, valores, usos y costumbres vivenciados por las personas y grupos, depende, en grado enorme, el carácter que tome el procesamiento y la resolución de los conflictos planteados entre la impulsión libertaria de los individuos y el poder político.

2

Conviene destacar varios aspectos en torno al término y concepto libertad, manejados aquí:

El primero se refiere a la condición libertaria en el sentido de cualidad, urgencia interior, impulsión o substancia propia del humano que, como ya se ha visto, le conmina a hacer, sentir y pensar según su albedrío —de acuerdo con su peculiar voluntad y juicio. De ello se habla cuando se hace referencia al concepto de substancia aplicado a la condición natural de libertad como cualidad perteneciente a la naturaleza humana, en

tanto peculiaridad esencial sita de modo subyacente en medio de cualidades que, por no ser esenciales, pueden aparecer o desaparecer sin que ello trastorne, en lo fundamental, la índole primordial del ser con logos. Esta cualidad inherente a lo definitorio humano es —utilizando lenguaje aristotélico— su más preciado bien, su más estimada *ousía* (ουσία), la determinante substancia del hombre y, de consuno, su real *propiedad privada,* sin la cual no existiría E*leuthería* (Ελευθερία) [Mendoza, 2012]. Es decir, no sería posible La Libertad misma, en tanto impulsión de naturaleza humana, cuanto como manifestación fáctica y social-política de la misma, cabría agregar.

Señalar, como aquí se hace, que la libertad es nota esencial y no accidental de la circunstancia humana expresa que el *homo sapiens* no es tal si carece de ese apremio subyacente, que desde su interior le posibilita obrar, al espolear su sentir, su pensar y su actuar; de lo cual se deriva que la libertad es la verdadera propiedad con la cual cuenta el *homo sapiens sapiens*, lo único que radicalmente le pertenece. Y es tan legítima riqueza suya que incluso puede hipotecarla, venderla, o simplemente deshacerse de ella, ignorándola, despojándola, en los hechos, de valor alguno, o cambiándola por cualquier «plato de lentejas», cuando las necesidades subsistenciales —las material fisiológicas— acosan y siente que ellas priman por encima de las necesidades existenciales, es decir, las llamadas también necesidades psicológicas o espirituales.

Esta última posibilidad que tiene el humano de enajenar su libertad, la plasmó el Libro Sagrado de Occidente en el significativo y trágico mito de la entrega de la primogenitura por parte de Esaú a Jacob, su hermano menor: este último, obrando como cualquier tiranuelo demagogo, dador de limosnas a cambio

de quedarse con la parte del león, cedió una porción de lentejas de su condumio para que Esaú pudiera saciar transitoriamente el hambre, mientras, en retribución, los derechos de primogenitura pasaban en su totalidad al patrimonio del «dadivoso» hermano Esaú. (Génesis 25: 29 al 34).

La aseveración de que la libertad es raíz esencial de lo humano no contradice la hipótesis según la cual esa misma cualidad libertaria presenta, a lo largo del desarrollo filogenético de la especie, así como en el curso de la historia, grados cada vez más complejos y precisos, asunto al cual se ha aproximado el autor, de modo parcial, en trabajo anterior, como ya se señaló al comienzo.

¿Cuál es el grado de compromiso de cada quien con su propia esencia libertaria? Ese es un asunto individual que se vuelve apreciable y decisivo en grado sumo cuando la persona se ve obligada a tomar posición frente a las llamadas *situaciones límites*: circunstancias azarosas, peligro extremo, amenaza a la propia integridad y a la del entorno inmediato, conciencia de culpa, terror ante la tortura, inminencia de la muerte, entre otras.

En todo caso, la elección que haga el individuo frente a circunstancias terminales, como las antes mencionadas, pero también ante escenarios menos radicales por más cotidianos, es la resultante del juego que, para cada caso, se da dentro de la peculiar organización cognitiva de la persona. Dentro del seno de esa instancia psicológica coexisten múltiples jerarquías, y entre ellas las relativas a necesidades, expectativas y valores, parecen cumplir un papel capital.

La mentada noción de libertad como substancia inseparable de lo definitorio de la humanidad alude a la acepción que puede llamarse *libertad intrínseca*, porque está referida a una cualidad que, se asume, reside en los oscuros aposentos de la interioridad del individuo y que no tiene que ver, en lo inmediato, con entornos exteriores o factores ajenos a la voluntad del mismo. De suerte que el parámetro, en primera instancia, es lo que *quieren, sienten y piensan* las personas; de lo cual se sigue, que los constructos posibilitadores de este característico triángulo ingénito de la realización del *homínido sabio,* radican en el corazón de su mundo psicológico, en el microcosmos de la subjetividad humana.

La subjetividad es y funciona, en la medida en que se articula con la memoria humana y entrambas hacen posible ese constructo que se denomina *identidad,* por lo que parece un contrasentido hablar de identidad y de subjetividad en ausencia de memoria. Sobre lo concerniente a la relación memoria, subjetividad, identidad y alguno de los problemas que la ciencia y la tecnología actuales generan se volverá más adelante.

3

Acerca del término libertad intrínseca y de sus concomitantes, subjetividad, memoria e identidad, el autor extrema la cautela y por eso escribe «se asume» y «sugiere», porque la casi indigerible —en razón de lo acelerada— evolución no solo cuantitativa, sino cualitativa del conocimiento en los tiempos de la modernidad contemporánea, está colocando a la humanidad frente a la real posibilidad de un severo trastrocamiento de la topología de su identidad individual y, con ello, la de la misma subjetividad, que es como decir, el propio yo, lo ontológico, desde el cual cada individuo se define y se muestra como tal individuo.

Es que, por un lado, la dinámica de los tiempos presentes hace cada vez menos posible que se pueda prescribir de antemano el *topo* (ámbito) y el modo de sentir, pensar y operar de cada individuo dentro del mundo natural y social. Esta prescripción era posible aún en los primeros tiempos de la modernidad, tiempos durante los cuales el discurso único, totalitario y omniabarcante lo disponía todo, o casi todo, con lógica racionalidad. Determinaba incluso, si estabas destinado para ser parte de la minoría de los «alguien» y, en consecuencia para lograrlo a través de la educación, o por lo contrario, si tu sitio en la jerarquía económica y social era el de los «don nadie», la mayoría, al servicio de los primeros. En ambos casos una educación *ad hoc* es el vehículo necesario para enrumbar al individuo hacia la meta preconcebida.

No ocurre lo mismo en la modernidad actual: el discurso único ha cedido frente a la pluralidad discursiva, lo totalitario y omniabarcante se ha tornado en singularidades de corto alcance, la lógica racionalidad se ha vuelto gelatinosa, cambiante, como el río de la metáfora heracliteana; por eso algunos describen la actual era histórica como

modernidad liquida —en contraposición a los *tiempos modernos* que van desde el fin del Renacimiento hasta mediados del S. XX y que sería considerada como la *modernidad sólida*.

Durante la época presente las cosas, los hechos y los seres humanos son y actúan de modo cambiante, y, en particular estos últimos están urgidos por lograr una identidad versátil, flexible que pueda enfrentarse a las constantes metamorfosis a las que el individuo debe hacer frente en el curso de su vida (Bauman, 2003).

Los años contemporáneos, como los líquidos, permiten la forma original de los entes de su mundo por escaso tiempo, el cambio constante parece ser la ley que los rige y esto incluye ideas, valores, artificios, instituciones, agencias y al propio ser humano individual o colectivo. En tal dirección puede hablarse de un descalabro ontológico: ya no se tiene la posibilidad de «ser alguien» como lo pautaba la racionalidad prescriptiva de los primeros momentos de la modernidad; hoy el humano está conminado a ser muchas personas en el lapso de su vida, lo cual sugiere que nunca está seguro de quien es ni para qué es; su propio yo, su *sí mismo* se vuelve viscoso, escurridizo y sin forma definitiva, al modo de cualquier fluido.

Pero no se crea que todo esto se queda en los lindes de lo especulativo, el mundo de los hechos reales discurre en la misma dirección: a nuevos conceptos se corresponden innovadoras creaciones reales como los *cerebros en red*, por ejemplo, que amenazan dejar anticuados a los cuerpos biológicos y empiezan a poner en duda la identidad, tal como desde los comienzos de la humanidad venía siendo considerada.

Los progresos en la comunicación anteriores a la aparición de la informática, comparados con los actuales descubrimientos y avances científico-tecnológicos, están mostrando la limitación de la *interfaz* —el lenguaje humano— de que se han valido hasta ahora los cerebros para cumplir la función fundamental de comunicación. Esa interfaz, en el tiempo de la modernidad contemporánea, comienza a mostrarse incompleta, insuficiente, pues no parece óptima para la comunicación compleja, fluida, abundante, rápida y precisa, que demandan las personas y las circunstancias del cada vez más avanzado mundo de la información de los tiempos que corren.

A diferencia del tradicional lenguaje humano, muy distinta es la comunicación interneuronal, pues a través de ella se emiten, transmiten y procesan impulsos neuroeléctricos equivalentes, que no se prestan para interpretaciones ambiguas puesto que su propia índole los hace independientes de los individuos.

Por lo menos eso es lo que augura la actual investigación comunicacional, en opinión del Dr. Kevin Warwick, de la cátedra de Cibernética de la Universidad de Reading, quien ha sido parte destacada para la puesta en práctica de experiencias como la de hacer mover un brazo robótico a través de internet, desde su cerebro en New York hasta Londres, así como para la «creación» de un robot con cerebro a partir de neuronas de abortos humanos, capaz de aprender y tomar decisiones autónomas (En La Vanguardia/España, 2012).

El planteamiento de Warwick conduce a consecuencias insólitas, puesto que si la identidad humana radica en la memoria, ese reconocerse a sí mismo del humano como un ser distinto de los demás —su identidad— ya no sólo reposaría en el interior de cada individuo puesto que, en mucha medida, está siendo almacenada fuera de él, no en neuronas, sino en los *chips* de silicio de nuestros teléfonos inteligentes y en otras instancias antes impensadas, como *la nube* y demás recursos y adminículos capaces de almacenar información para ponerla en red y hacerla llegar, cuantas veces sea preciso, a nosotros mismos o a nuestros interlocutores.

Lo de chip de silicio, es únicamente el comienzo porque ya se están desarrollando sustitutos a base de nanomateriales que prometen la multiplicación exponencial de la capacidad de almacenamiento y la velocidad de procesamiento y trasmisión

de datos. Todo esto asoma la perspectiva, siempre en opinión de Warwick, de un mundo en donde el cuerpo humano terminará, paradójicamente, convirtiéndose en estorbo para nuestros *cibercerebros*: cuerpos con miembros débiles y grandes cerebros conectados en redes interneuronales —en parte naturales y en parte artificiales— parecen constituirse en realidad humana en el inmediato devenir.

El asunto de la prolongación de nuestra memoria, y con ella de la *traslocación* del asiento de la propia identidad, de la subjetividad, hacia espacios externos, plantea innumerables interrogantes de orden filosófico, particularmente referidas a problemas ontológicos y ético-morales, aludidos anteriormente como descalabro ontológico y como la imposibilidad de que los individuos puedan permanecer mucho tiempo en un particular topo espacio temporal. Una discusión sobre estos asuntos y sus posibles soluciones escapa a los propósitos de este trabajo.

Por lo pronto, muchas inquietudes comienzan a aflorar en el autor, en medio de este vertiginoso y casi atropellador discurrir de la ciencia y la tecnología; dos de ellas: ¿Dónde irá a situarse el topo desde el cuál será menester considerar la libertad? ¿Qué irá a ser de la libertad y de la propia naturaleza del humano, tal y como hasta ahora han sido entendidas, a consecuencia del maremágnum científico tecnológico que lo transforma y trastorna todo?

Lo que sí parece dejar claro la revolución comunicacional cibernética que echó a andar con velocidad creciente, es que nuestras reflexiones tienen dificultad para seguirle el paso al ritmo que lo hace aquella; hoy, por ejemplo, sin que escasamente nos

percatemos, la realidad es que mucho de lo que se considera parte de nuestra identidad y subjetividad, tal como se acaba de hacer notar inmediatamente antes, reposa ya en datos almacenados en el exterior, en la memoria de ordenadores, teléfonos móviles, *pentdrives, tabletas y otros gadgets*, prolongaciones sustitutas —prótesis—, en cierta medida, de la limitada memoria biológica. Este hecho parece colocar la eventualidad de la inmortalidad del ser humano a la vuelta de la esquina.

La visión mítico-religiosa de la tradición judeo cristiana avizoró la perpetuidad del *homo sapiens* hace más de dos mil años; conviene en este sentido recordar que al expulsar a los humanos del paraíso, Iahvé lo hizo exclamando: « ¡... El hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, *cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre*» [itálicas añadidas] (Génesis 2: 22 y 23). Tal parece que ese sueño de vivir *in saecula saeculorum,* como los dioses, emergió con la libertad y esta apareció con el primer gesto de desobediencia y rebeldía frente al orden —orden divino, según la Biblia.

A esa rebelión consciente intelectual que hace posible el salto de la mera animalidad al animal humano, lo metaforiza el texto sagrado de occidente a través del mito de Adán, Eva y la serpiente; profunda y arcaica intuición que hoy parece comenzar a concretarse, de ser cierto lo planteado por el citado Warwick, y lo que se sugiere como colofón necesario de sus experimentos: el proyecto de prolongar la conciencia de un humano más allá de la muerte física descargando todos sus componentes —memoria, identidad, voluntad y demás elementos subjetivos— en la *red*, más precisamente, en la *nube cibernética*. (La Vanguardia, 2012).

El anterior es uno de los propósitos de un experimento que ya está en marcha, en la persona del millonario Dmitry Itzkov: se trata de un programa científico para superar la forma biológica y preservar la subjetividad, con todos sus elementos. De ser así el individuo humano continuaría existiendo en una red cibernética que le permitiría viajar a la velocidad de la luz, por ejemplo. En concreto, se trata del proyecto 2045 *Initiative*, a cumplirse en tres etapas —*Avatares* A, B y C. Con él se espera alcanzar en orden sucesivo: *(A)* control, por parte de una persona, de un robot —réplica humana— por medio de una interfaz orgánica [brain machine interface (BMI)]; *(B)* trasplante del cerebro humano a un sustituto artificial, una vez haya llegado el fin de la vida; y, finalmente *(C)* la creación de un modelo computarizado de la conciencia humana, que hará posible la consolidación del cyborg, el cual (o, ¿quién?) estará en condiciones de hacer acto de presencia en forma de hologramas, «viviendo» como información (Puente libre La Noticia Digital, 2013); que, a la final, podría agregarse, pareciera ser a lo que se reduce cualquier expresión de la realidad.

4

Hay un segundo aspecto a destacar, se refiere a lo que pudiera denominarse *la libertad extrínseca,* conjunto de factores limitantes o favorecedores de la acción voluntaria y autónoma en que se expresa la libertad intrínseca; vale decir, las circunstancias contextuales exteriores, tanto materiales como de índole social, histórica y política, por un lado y, por el otro, también las que tienen que ver con la singular estructura y funcionamiento biológico que le tocó en suerte a cada persona. Aquí lo intrínseco o extrínseco no resulta de características topológicas solamente, sino, también de la dependencia de un mundo de hechos que

escapa a la voluntad del propio individuo, porque la existencia de los mismos no depende de condiciones interiores a las cuales «echar mano» de manera expedita, como cuando la persona recurre a las pericias o cualidades de su memoria, a su capacidad cognitiva o a sus propias fortalezas biológicas y funcionales, por ejemplo.

En este caso se apunta a factores que si bien están, topológicamente hablando, dentro del individuo, condicionan la voluntad y la autonomía personal —que es como decir, aherrojan en algún grado y aunque el individuo no lo quiera, la libertad de actuar, de sentir y de pensar. Piénsese, en este sentido, en los condicionamientos genéticos que limitan en medida variable, las habilidades cognitivas de un individuo y las propias características de los distintos biotipos que cada ser humano trae al nacer y cuya influencia, si bien es moldeada y modificada por los procesos de socialización y educación, no puede asegurarse del todo que esos cambios se logren contrariando, en términos absolutos, las predisposiciones afectivas, cognitivas y fisiológicas de cada persona. Tales disposiciones limitantes, por no depender en principio, de la voluntad del individuo, son ajenas a ella y es en ese sentido por lo que el autor las incluye entre los factores exteriores.

Las circunstancias exteriores, ese cúmulo de factores externos ajenos a la voluntad individual, como ya se ha enunciado, conforman, entre muchos estados de cosas, uno que atañe a la libertad que ahora puede denominarse libertad extrínseca, la cual facilita, dificulta o impide la expresión plena de la substancia libertaria que mora en las interioridades del ser humano. Ella, la libertad extrínseca, está constituida por dos grupos de factores condicionantes: los factores condicionantes

de orden genético, anteriormente aludidos y, los factores determinados desde el poder. Estos últimos funcionan, de acuerdo el discurso foucaultiano, a manera de maquinaria, la mayor parte de las veces invisible, pero no por ello menos efectiva en el propósito de *colocarle grillos* a la libertad intrínseca. Así, cuando se habla de libertad extrínseca haciendo referencia al *poder*, se habla de un *aparato* ideológico fundado principalmente en argumentos y controles sociales, religiosos y políticos, pero también y en multitud de casos, en prescripciones jurídicas que tienen el propósito de pautar el es, el *quantum*, el *dónde* y el cómo de la libertad.

Volviendo de nuevo a la libertad, en tanto valor esencial de lo humano: Como ya se apuntó, incluye la substancia libertaria sita en la naturaleza íntima de la persona, en principio en razón de su condición animal, pero después procesada y sublimada por factores contextuales subjetivos, distintivos de su condición pensante. Condición que cobra expresión en constructos hipotéticos —simbolizaciones, ideas, conceptos, principios, valores— los que se convierten en conscientes faros y nortes, de su ser y quehacer; a partir de ellos el hombre se hace amo y dueño de su propia vida. Y en al lugar basal de esa empresa está la libertad.

5

La disputa entre libertad intrínseca y extrínseca es la sempiterna querella entre el hombre y los poderes externos; en sentido metafórico: lucha de titanes contra dioses, de demonios contra el sacrosanto orden de la divinidad; es el enfrentamiento del humano contra el poder que nació de su propia naturaleza y

que comenzó cuando el arcaico homínido se aprovechó de una pizca del logos ígneo arrebatado por Prometeo a los dioses del Olimpo, o cuando la semita pareja de Adán y Eva decidieron, a contrapelo de la voluntad de Iahvé, imponer libremente la suya y comer el fruto del árbol de la sabiduría del bien y del mal, que los conduciría a vivir en un mundo propio, hechura de sus impulsos y de sus sueños, es decir, de su libertad, y que hoy, de atenerse a las noticias que corren por la web, coloca al humano en la antesala de conquistar el último privilegio que restaba a los habitantes del empíreo, la inmortalidad, y con ello rubricar su condición de ser libre.

REFERENCIAS

Bauman, Zygmunt. (2003). Modernidad líquida. (Mirta Rosenberg. Traductor). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico. Trabajo original publicado en ingles en 2000.

Grimard, E. (1899). Una Mirada al Infinito. París: Leymarie Editor [Versión electrónica]. Disponible:

La Vanguardia/España (2012, noviembre 19). [Entrevista a Kevin Warwick, Cátedra de Cibernética de la Universidad de Reading]. Nuestro cuerpo ya es sólo un estorbo para nuestro cerebro (Sección La Contra). [p. 80]. Disponible: http://www.lavanguardia.com/lacontra/20121119/54355365278/la-contra-kevin-warwick.html [Consulta: 2012, noviembre 20].

Mendoza P., V. (2012). La libertad: Componente necesario de lo racional-moral. Palabra y Realidad. Revista del Doctorado en Educación de la UPEL-IPC, (7) pp. 55.

Puente libre La Noticia Digital/Ciudad Juárez, Mex. (2013, agosto 20). Promete millonario ruso la "inmortalidad" para el 2045. [Medio online] Disponible: http://puentelibre.mx/ [Consulta: agosto 20 de 2013].